

HACIA UNA ANTROPOLOGÍA ADECUADA PARA EVALUAR EL PROGRESO CIENTÍFICO Y HUMANO

TOWARDS AN ANTHROPOLOGY SUITABLE FOR ASSESING
SCIENTIFIC AND HUMAN PROGRESS

Rubén Herce

Grupo Ciencia Razón y Fe (CRYF)

Universidad de Navarra

Resumen: *Este trabajo se centra en la idea de progreso, idea que se formuló inicialmente con la aparición del cristianismo y después se secularizó con la modernidad, presentando un ideal con medios y fines meramente humanos. Pero esta concepción enseguida se vio sometida a críticas, de las que este artículo señala tres: la aparición de nuevas teorías científicas, la crítica social de la Escuela de Frankfurt y el estudio de la técnica realizado por Heidegger. Estas críticas apuntan a que para hablar de progreso hace falta una referencia antropológica, porque el progreso tiene unas connotaciones éticas y reclama saber cuáles son los fines propios del ser humano. Una antropología adecuada puede ser aquella que armoniza los fines de la dimensión humana espiritual (autonomía, libertad, racionalidad) con los del resto de dimensiones humanas: la eco-biológico-corporal, la social-relacional y la narrativo-biográfica. Por eso el auténtico progreso solo se puede evaluar desde el final de la vida humana.*

Palabras clave: *progreso científico, progreso humano, Heidegger, antropología y ética del progreso, fines del ser humano.*

Abstract: *This paper focuses on the idea of progress. An idea that was initially formulated with the emergence of Christianity and then secularized with Modernity, presenting an ideal with purely human means and ends. But this conception was soon subject to criticism, of which this article points out three:*

the emergence of new scientific theories, the social critique of the Frankfurt School and Heidegger's study of technology. These criticisms point out that, in order to speak of progress, an anthropological reference is needed, because progress has ethical connotations and demands to know what the proper ends of the human being are. An adequate anthropology can be one that harmonizes the aims of the spiritual human dimension (autonomy, freedom, rationality) with those of the other human dimensions: the eco-biological-bodily, the social-relational and the narrative-biographical. Therefore, authentic progress can only be evaluated from the end of human life.

Keywords: *scientific progress, human progress, Heidegger, anthropology and ethics of progress, ends of the human being.*

Mi estudio se va a centrar en la idea de progreso y su comprensión. Primero, comenzaré por contextualizar las raíces desde las que entender el concepto de progreso. Después avanzaré cronológicamente presentando algunas críticas filosóficas del siglo pasado. Por último, me centraré en una propuesta positiva que resaltaré la necesidad de una referencia antropológica para poder hablar de progreso o avance, porque los criterios de eficiencia, rentabilidad o utilidad no parecen los más adecuados. Una referencia antropológica adecuada tendrá en cuenta nuestra dimensión corporal, nuestra interdependencia personal y nuestra biografía, y no solo nuestra racionalidad, libertad o voluntad.

1. LAS RAÍCES DEL PROGRESO: ORIGEN, MADURACIÓN, CORRUPCIÓN Y DECADENCIA DE UN CONCEPTO

La noción de progreso está ausente tanto en el pensamiento grecorromano clásico como en las culturas orientales, porque no tienen una concepción lineal de la historia, sino cíclica. Hay patrones y dinámicas de nacimiento, desarrollo, maduración, plenitud, decrecimiento, desaparición y nuevo nacimiento. Este devenir cíclico se observa en los astros, en el clima, en las personas, en las cosechas... Pero cuando aparece la idea de fin en el acontecer humano, los patrones y los ciclos se ven integrados en una tendencia lineal.

La idea de fin es introducida por el judeocristianismo¹; y no solo señala una orientación, una tendencia, un fin, sino que también manifiesta un origen: apunta a una realidad escatológica y nos habla de una creación, entre las cuales y dándoles sentido está el Mesías. El Reino de los Cielos cristiano es un "ya" misterioso y un "todavía no" metahistórico que ayuda

¹ Para más detalle véase Giuseppe TANZELLA-NITTI, "Progresso scientifico e promozione umana: una riflessione teologica sulla nozione di progresso", en *La Società* 29, nn.5-6 (2020) 45-64, en especial a partir de la página 51.

a entender la vida humana. Un acontecer con un sentido que trasciende la realidad presente e inmediata. Así, por ejemplo, San Agustín, en *De Civitate Dei*, presenta un anticipo de la Jerusalén celestial en el vivir cristiano individual y eclesial hasta su perfeccionamiento al final de los tiempos mediante la ayuda de la gracia.

Con la modernidad, esta concepción de progreso espiritual y moral adquiere una connotación más centrada en el progreso material, social e intelectual. Un progreso que ya no es fruto de una gracia divina en armonía con la acción libre de la naturaleza humana. No busca una maduración en el amor de los individuos y las sociedades con vistas a una vida eterna de plenitud. El progreso es fruto del ejercicio autónomo de la razón y se mide ahora en resultados útiles y prácticos para mejorar la existencia humana. La perfección se busca en la tierra, en una sociedad humanamente mejor. La clave de bóveda de esta nueva concepción reside en la fuerza autónoma e inagotable de la razón que permitirá desvelar los misterios de la naturaleza. Una razón colectiva que encontrará en la ciencia el soporte necesario para seguir creyendo en el proyecto.

En este tránsito de una concepción a otra, la razón afloja sus lazos con otras dimensiones humanas. Y la misión de la filosofía parece que reduce su propósito: desde un amor por la sabiduría o búsqueda de la verdad, hacia una misión de servicio orientada a la práctica para transformar el mundo. De este modo, la idea de progreso se desliga de una maduración de plenitud humana para vincularse con un dinamismo dialéctico de procesos históricos, cuya esperanza es alcanzar un paraíso intrahistórico que culminará al final de la Historia.

Algunas manifestaciones de esa búsqueda de “avance” o progreso son: el Idealismo en el que el Absoluto progresa en el autoconocimiento a través del pensamiento individual en el que se manifiesta; la idea leibniziana del mejor de los mundos posibles; la búsqueda kantiana de leyes de comportamiento que se puedan aplicar de modo absoluto a todos los ciudadanos; o el ideal positivista de la ciencia como poseedora de la última y única palabra sobre el mundo. Aunque el enfoque más optimista se aprecia en la aparición de la filosofía de la historia que subraya que lo moderno es un progreso respecto de lo medieval o antiguo, restando espacio a la tradición recibida. El desarrollo de la razón, como sostuvo Kant, permite que el hombre salga de las tinieblas medievales y alcance la luz de la modernidad.

La Ilustración es la salida del hombre de su estado de minoría de edad, que debe imputarse a sí mismo. Minoría de edad es la incapacidad de valerse del propio intelecto sin la guía de otro. Imputable a sí mismo es esta minoría, si la causa de ella no depende del defecto de la inteligencia, sino de la falta de decisión y de valentía para hacer uso de la propia inteligencia sin

ser guiados por otros. *Sapere aude!* ¡Ten la valentía de servirte de tu propia inteligencia! Es este el lema de la Ilustración².

Esta concepción de progreso responde también al sesgo optimista de los humanos. En nuestro vivir encontramos más razones para la esperanza que para lo contrario. Y esto nos habla de una realidad profunda del ser humano que es vivir de esperanza. Sin esperanza no se vive y la esperanza apunta hacia un fin. Lo llamativo acontece cuando estas esperanzas a nuestro alcance se convierten en un dogma oficial.

Sin embargo, Nietzsche vendrá a derribar el autoproclamado optimismo del racionalismo. Para él la historia carece de propósito, la vida es un eterno retorno, el tiempo no es lineal. Todo ello son construcciones cristianas que hay que desenmascarar. Y lo mismo sucede con la razón: es un mero instrumento al servicio de la voluntad de poder del “superhombre”.

Lo que Nietzsche anticipa teóricamente, el devenir histórico lo manifiesta en la práctica. Los estragos de los totalitarismos y la sucesión de guerras y conflictos acaban con el ingenuo optimismo del racionalismo occidental. El “progreso científico” ya no implica necesariamente la construcción de un mundo más humano y habitable.

Veamos esta crítica desde otros tres enfoques complementarios: desde la ciencia experimental, desde la sociología y desde la metafísica.

2. TRES MIRADAS ALTERNATIVAS AL OPTIMISMO TECNOCIENTÍFICO

Desde un punto de vista científico, la aparición de la filosofía de la ciencia es un modo de reaccionar contra tanto optimismo. Es una reacción por la vía de los hechos. Hasta principios del siglo XX la Ciencia había sido utilizada por distintas corrientes filosóficas como garante del progreso, proponiendo como modelos a Galileo, Newton o Darwin.

A finales del siglo XIX, el programa de Newton de usar las matemáticas y el método científico para explicar el mundo estaba prácticamente acabado según la mayoría de los físicos. Así lo explicó Lord Kelvin en *Nineteenth century clouds over the dynamical theory of heat and light*, publicado en 1901 en el *Philosophical Magazine and Journal of Science*:

La belleza y claridad de la teoría dinámica, que establece que el calor y la luz son modos de movimiento, están actualmente oscurecidas por dos nubes. La primera nació con la teoría ondulatoria de la luz y fue abordada

² Emmanuel KANT, *Filosofía de la Historia*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 25.

por Fresnel y el doctor Thomas Young; involucra la cuestión: ¿cómo podría la Tierra moverse a través de un sólido elástico tal y como esencialmente es el éter? La segunda es la doctrina de Maxwell-Boltzmann relativa a la partición de la energía³.

Sin embargo, la concepción del mundo iba a cambiar por completo con las teorías de la Relatividad de Einstein y con la Mecánica Cuántica, que despejarían esas nubes y que obligarían a desarrollar una filosofía de la ciencia a autores como Popper, Kuhn o Laudan que retratase mejor la actividad científica tal y como se da en la realidad: con callejones sin salida, retrocesos y avances no lineales, donde no es tan sencillo ver qué es un progreso científico, porque no se sabe qué es la verdad.

Centrándonos en la sociología, una segunda reacción la podemos encontrar en Max Horkheimer, Theodor Adorno y Herbert Marcuse, principales exponentes de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt⁴. El objetivo de la escuela fue proporcionar una crítica de la sociedad, tal y como la percibieron en una época marcada por la derrota de los regímenes totalitarios y por la creciente industrialización tecnológica.

Según esta Teoría Crítica, la sociedad industrial se había convertido en un gran mecanismo que había escapado del control humano, en perjuicio de los individuos. La sociedad tecnológica occidental ponía la eficiencia y la utilidad al servicio del poder y no del ser humano, *generando* individuos descartados por la sociedad. El ser humano quedaba al servicio del sistema. Se convertía en un mero instrumento mediante el que la maquinaria de la sociedad crecía, acumulando poder y beneficios económicos para una minoría. De este modo, no solo la opulencia convivía junto con la miseria, sino que también las relaciones personales caracterizadas por el amor estaban marcadas por una lógica de dominación. Se había perdido la cultura del regalo, del don, y prevalecía una cultura dominada por el intercambio comercial. La sociedad moderna, por tanto, se oponía a la persona.

Para Adorno, el hombre contemporáneo es un mero engranaje de la maquinaria social y vive su existencia con una conciencia de falta de libertad que desemboca en el tedio. Vive también en soledad, porque a su alrededor y en los demás solo encuentra frialdad. No encuentra a otros. El control social es tan refinado e inexorable que el individuo se identifica con la sociedad y neutraliza su capacidad crítica porque integra en sí mismo posturas opuestas.

³ Lord KELVIN, "Nineteenth century clouds over the dynamical theory of heat and light", en *The London, Edinburgh, and Dublin Philosophical Magazine and Journal of Science* 2, n.7 (1901) 1-2, DOI: 10.1080/14786440109462664.

⁴ Para más detalle, ver Mariano FAZIO y Francisco FERNÁNDEZ LABASTIDA, *A History of Contemporary Philosophy. Nineteenth a Twentieth Centuries*, New Rochelle, NY, Scepter, 2011, pp. 289-293.

Este hombre “unidimensional” se identifica de tal modo con la cultura oficial que es incapaz de percibir las contradicciones internas.

Para estos sociólogos, el origen de los síntomas deshumanizantes está en la razón moderna, cuyo objetivo es dominar la naturaleza. También la humana. Esta razón instrumental teme la verdad. No le interesa, solo busca la utilidad. En la sociedad contemporánea se gestiona todo en aras de un progreso económico y tecnológico. Un progreso tras el cual se vislumbra la amenaza de un poder político cada vez más amplio en manos de un pequeño grupo de privilegiados. El sistema impone un modo de entender las cosas y utiliza los medios de comunicación para homogeneizar gustos e ideas. Vende una ilusión de felicidad que asfixia, neutralizando la creatividad y la capacidad crítica, de suerte que solo resta una lógica de dominación inherente a la razón instrumental.

A la filosofía le tocaría desempeñar un papel crítico, pero para ello necesita salir del error en el que ha incurrido al no percibir que pensamiento y realidad son diferentes. La realidad es lo concreto, personal, único e intransferible, mientras que la lógica de dominación y de poder, propia del pensamiento, somete y destruye al hombre real. Hace falta una crítica de la razón instrumental y un reconocimiento de la singularidad personal, para recuperar un pensamiento abierto a la verdad y al don.

La crítica hasta aquí expuesta tiene casi un siglo, pero sigue siendo actual. Personalmente diría que acierta cuando analiza el problema que se deriva de las lógicas de dominación, pero resulta insuficiente cuando reduce enfoques complejos a solo ese tipo de lógicas. Si se abandona el valor de la verdad objetiva y el valor de la dignidad personal, la tecnología se convierte fácilmente en un instrumento de poder al servicio de unos pocos.

Por eso, se hace necesario salir de una búsqueda reduccionista de la utilidad, la eficacia y la eficiencia, y ampliar la razón meramente instrumental para abrirnos a la realidad y al don que son los demás. Es decir, acoger y respetar la verdad de una realidad de la que formamos parte y que tiene su autonomía; y acoger y respetar a las personas en toda su dignidad y singularidad. Esas dos aperturas fundamentales nos ayudan a crecer como personas.

En tercer lugar, con un enfoque más metafísico, es interesante acudir a la crítica heideggeriana de la técnica en su opúsculo “La pregunta por la técnica”⁵. Heidegger comienza por aclarar que la técnica no es igual que la esencia de la técnica y que una concepción neutral de la técnica nos vuelve completamente ciegos para la esencia de la técnica. La técnica tiene una doble vertiente que es complementaria: es instrumental, y en ese sentido es un medio para

⁵ Martin HEIDEGGER, *Filosofía, Ciencia y Técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1997, pp. 111-148.

un fin; y es antropológica, ya que es un hacer del hombre. Se complementan porque

es propio del hombre proponer fines que utilizan y disponen de medios para alcanzarlos. Al ser de la técnica pertenece el hecho de elaborar y utilizar instrumentos, aparatos y máquinas, es más, pertenece el hecho mismo de elaborar y utilizar; y pertenecen también las necesidades y fines a los que sirven⁶.

Como la técnica es un instrumento, se quiere dominar; y el querer dominarla se hace tanto más urgente cuanto más amenaza con escapar al control del hombre. Pero la técnica no es un mero instrumento, porque la dimensión instrumental de la técnica no nos muestra su esencia. Entonces, ¿qué pasa al querer dominarla?

Si la técnica es un medio para un fin, actúa como causa, ya que su uso tiene como consecuencia unos efectos; pero también el fin que elige los medios actúa como causa. Hay una causalidad instrumental, pero también hay una causalidad final que es escogida por el hombre⁷.

Qué es la técnica como medio se hace patente cuando se retrotrae lo instrumental a la cuádruple causalidad: material, formal, eficiente y final. Las cuatro causas son modos de ser-responsable-de, que se copertenecen entre sí: la copa (*forma-eidos*) de plata (*materia-hyle*) para sacrificar (*fin-telos*) hecha por el orfebre (*eficiente-logos*).

El orfebre es co-responsable, como aquél desde quien el producir y el descansar en sí de la copa, toma y obtiene su primer surgir. Los tres modos del ser-responsable-de, mencionados en primer lugar, tienen que agradecer a la sobreposición reunificadora del orfebre, que aparezcan y entren en juego para la producción de la copa sacrificial y cómo entren y aparezcan⁸.

¿Qué unifica estos cuatro modos de ser-responsable-de? El hecho de que los cuatro modos traen algo a aparecer, dejan venir a la presencia lo todavía no presente. Están imperados unitariamente por un traer, haciendo aparecer lo presente. Y ese dar-lugar-a que algo proceda desde lo no-presente a la presencia, es *poiesis*; es producir.

⁶ *Ibid.*, p. 114.

⁷ *Ibid.*, p. 115.

⁸ *Ibid.*, p. 118.

Los modos del dar-lugar-a, las cuatro causas, se juegan, por consiguiente, dentro del pro-ducir. Por este llega a aparecer, respectivamente, tanto lo que crece naturalmente, como también lo que tiene hechura artesana o artística⁹.

Lo presente tiene en sí mismo el brotar (brotar de las flores en el florecer), mientras que lo pro-ducido tiene el brotar en otro (el *brotar* de la copa en el artesano y el artista). El pro-ducir acontece cuando llega lo velado a lo desvelado. Pero ¿qué tiene que ver la técnica con el desvelar, con el desocultar, con el manifestar la verdad? Pues que la técnica no es simplemente un medio, es un desocultar la verdad. Lo decisivo de la técnica no estriba en el hacer y manipular, ni tampoco en aplicar medios, sino en el desocultar, en el traer a la luz la verdad. Sin embargo, el desocultar de la técnica moderna exige a la naturaleza liberar unas energías que están ocultas para ser explotadas y acumuladas.

El hacer del campesino no provoca al campo. En el sembrar las simientes, abandona él la siembra a las fuerzas del crecimiento y cuida su germinación. Entretanto, la labranza del campo ha caído en la resaca de otro modo de labrar, que pone a la naturaleza. La pone en el sentido de provocación. El campo es ahora industria motorizada de la alimentación¹⁰.

De igual modo, los ríos se convierten en proveedores de presión hidráulica. Sus energías ocultas son desveladas para ser transformadas en electricidad, acumuladas y posteriormente utilizadas. De tal modo que el hombre ya no percibe que es llamado a corresponder a una realidad que le interpela para que entre en una relación con ella que va más allá del dominio, sino que da la sensación de que el hombre sea pro-vocado por la realidad para desocultarla. Sin embargo, “cuando el hombre que investiga y considera, pone la naturaleza como recinto de su concebir, entonces está ya reclamado por un modo del desocultar, que le provoca a considerar la naturaleza como un objeto de investigación, hasta que el objeto desaparece también en lo sinobjeto de lo constante”¹¹.

Luego, la llamada a desvelar la verdad de la naturaleza, cuando se ejercita desde una lógica de la dominación, de la explotación, de la utilidad, acaba haciendo que se deje de ver la naturaleza misma y con ella también al hombre mismo. La lógica de dominación no sirve: el desocultar que impera en la esencia de la técnica antecede a lo que normalmente denominamos técnica y se convierte en la verdadera amenaza. Ya que el desvelamiento en el que la naturaleza se concibe como una conexión de efectos de fuerzas calculables, da lugar a *constatar* con exactitud los hechos. Pero a través de los resultados

⁹ *Ibid.*, p. 120.

¹⁰ *Ibid.*, p. 123.

¹¹ *Ibid.*, p. 128.

lo exacto se retrae de lo verdadero. “La esencia de la técnica moderna lleva al hombre al camino de aquel desocultar, por el que lo real deviene por todas partes y de una manera más o menos perceptible, *constante*”¹², hecho objetivo. Y lo constatado como hecho se retrae de lo verdadero y por eso el destino del desocultamiento es un auténtico peligro.

Tan pronto como lo desvelado no concierne al hombre ni siquiera como objeto, sino exclusivamente como *constante*, y el hombre en medio de lo sinobjeto no es más que el *constanciador* de lo *constante*, va el hombre sobre el borde más escarpado del precipicio; esto es, va hacia un punto en que él mismo no podrá ser tomado sino como *constante*. En medio de todo esto, el hombre precisamente así amenazado se pavonea como señor de la Tierra. Así se extiende la mera apariencia de que todo lo que encontramos solo es consistente por ser un producto del hombre. Esta falsa apariencia alimenta una última apariencia engañosa. Según ella, parece que el hombre encuentra por todas partes solo a sí mismo¹³.

El problema es que el ser humano se encuentra tan metido en las consecuencias y los resultados de su acción científico-técnica sobre la naturaleza que ya no percibe cómo le interpela esta y no se ve a sí mismo como interpelado, por lo que no descubre su esencia. El hombre jamás puede encontrarse solo a sí mismo, sino que su esencia conlleva una llamada.

La amenaza no le viene al hombre principalmente de que las máquinas y aparatos de la técnica puedan actuar quizás de modo mortífero. La más peculiar amenaza se ha introducido ya en la esencia del hombre. El dominio de lo dis-puesto amenaza con la posibilidad de que el hombre pueda rehusarse a retrotraerse a un desocultar más originario y así negarse a experimentar el aliento [*Zuspruch*: llamada] de una verdad más inicial¹⁴.

Concluye así Heidegger que “mientras concibamos la técnica como instrumento, vamos a permanecer apegados a querer dominarla y omitiremos la esencia de la técnica”¹⁵.

Luego, la valoración del progreso científico no se puede hacer meramente desde la utilidad, la eficiencia o la mejora de prestaciones, en las que solo se mira si el instrumento o los resultados son mejores. Hay que retrotraer la mirada a una llamada previa que se convierte en referencia para valorar la acción científica y técnica. La mirada instrumental de la técnica reclama de una mirada antropológica que no se centre solo en los hechos, sino en los fines

¹² *Ibid.*, p. 134.

¹³ *Ibid.*, p. 137.

¹⁴ *Ibid.*, p. 139.

¹⁵ *Ibid.*, p. 144.

a los que el ser humano es llamado, desvelando su verdad más íntima. Volveremos sobre estas ideas.

3. REFLEXIÓN SOBRE LOS MEDIOS Y FINES DE LA ACTIVIDAD TECNOCIENTÍFICA

Todos somos conscientes de las grandes ventajas que nos ha aportado lo técnico: la facilidad para viajar, la mejora para tratar los problemas de salud o la sencillez con la que podemos hacer compras desde nuestra propia casa. A la vez, percibimos la amenaza que supone vivir solo centrado en el avance técnico, sin una instancia más originaria.

Toda novedad científica, toda mejora técnica, toda mejora de eficiencia reclama siempre de algo con lo que se compara y respecto a lo cual se puede decir que hay progreso o no. El progreso tiene una connotación ética, expresa un juicio de valor. No es mero avance cronológico, sino movimiento hacia un fin con la esperanza de lograrlo. La expresión “progreso humano” se refiere a valores, a fines, no indica simplemente hechos. Y hablando con propiedad, solo se podría hablar de progreso si ayuda a mejorar a las personas, a dirigirse libremente a su fin propio.

Hablar de progreso requiere un análisis centrado en los fines, que a su vez reclama una antropología, porque la ciencia y la técnica no son neutrales respecto al ser humano, como se ha visto. Dependiendo de los fines que guíen la práctica, los mismos acontecimientos pueden aparecer a los ojos de unos como progreso y a los ojos de otros como retroceso. Por lo tanto, hablar de progreso significa hacerse la pregunta por los fines de la acción humana: ¿hacia dónde nos dirigimos? ¿Qué propósito motiva nuestras elecciones? ¿Cuáles son los ideales para construir un mundo mejor?¹⁶

Reconociendo que el progreso implica tales preguntas se entra en la dimensión ética. La reflexión ética es intrínseca a la ciencia, porque no se puede dejar de cuestionar los fines para los que se investiga y se produce el conocimiento. Toda actividad científica y técnica debe guiarse por el amor a la verdad y la búsqueda del bien común. De esta manera, el progreso se traduce en promoción humana. Es el conocimiento de la verdad y la construcción del bien común lo que crea un progreso histórico real.

En esta línea de pensamiento, la Doctrina Social de la Iglesia, a través de encíclicas como *Populorum Progressio* (1967) o *Caritas in Veritate* (2009), habla de “promoción humana” para subrayar que el progreso está determinado no solo por la acumulación de nuevos conocimientos, el aumento de las habilidades técnicas y la mejor situación económica, sino también por las condiciones

¹⁶ Giuseppe TANZELLA-NITTI, *op. cit.*, p. 48.

culturales, sociales y éticas que permiten al ser humano vivir plenamente su dignidad, ejercer su libertad y potenciar sus relaciones.

La promoción humana es la promoción integral de todo el hombre y para todos los hombres en todos sus planos: cultura, conocimiento, recursos económicos, arte, medio ambiente, salud y seguridad de la vida, relaciones familiares y sociales, solidaridad, apertura a las grandes cuestiones filosóficas, apertura a Dios. Con estos puntos de referencia, se puede ayudar a ejercer un espíritu crítico saludable para discernir entre lo que hace avanzar al ser humano y lo que no.

Poner la búsqueda de la verdad y la práctica del bien en el centro de la acción científica y técnica significa tener un paradigma para hacer un juicio crítico, sobre uno mismo y sobre los modelos imperantes en el presente. La dimensión ética es de suma importancia en las aplicaciones tecnológicas. Dado que es un dominio sobre la práctica, requiere una reflexión sobre los objetivos y fundamentos y, por lo tanto, indirectamente, también sobre los límites de las aplicaciones.

La reflexión sobre la relación entre ética y tecnología se centra siempre en el problema de los fines: no se trata tanto de poner límites a la acción técnica como de comprender hacia qué propósito se dirige la técnica. Cada aplicación tecnológica revela al hombre a sí mismo, le dice algo más sobre su naturaleza. Si la tecnología tiene este valor antropológico, significa que el hombre excede a la tecnología, la trasciende, se revela en ella, pero no está determinado y definido por ella. Por eso la tecnología está al servicio del hombre: cuando el hombre lo olvida, la tecnología se convierte en un ídolo que ya no crea un progreso real, sino medios peligrosos de esclavitud.

La promoción humana, en esencia, es todo lo que hace explícito y defiende al humano, no solo lo que lo mantiene vivo. Satisfacer las necesidades básicas del ser humano es una condición necesaria pero no suficiente para su auténtica promoción humana, que tendrá en cuenta todas las dimensiones de lo humano.

4. UNA IMAGEN DEL SER HUMANO

Con lo dicho hasta ahora se nos presenta una imagen del ser humano con varias dimensiones¹⁷. Una clásica, que centra lo específico del ser humano en su racionalidad o su dimensión espiritual. Aquí los autores han discrepado en si el acento se debe poner en la racionalidad hasta llegar a formar razonadores independientes, como diría MacIntyre, con la necesidad de ensanchar

¹⁷ Para más detalle consúltese Rubén HERCE, *La ética es cosa de otros*, Pamplona, Eunsa, 2022, pp. 30-37.

la razón y su enfoque científico-utilitarista tan de moda, como señalaría Ratzinger. O si la clave está en la voluntad y la acción donde la libertad parece estar por encima de la realidad, y la misión del ser humano consistiría en un ejercicio de la libertad ausente de todo tipo de condicionamientos. Como si la libertad fuese completamente autónoma y no requiriese de un contexto y una serie de normas para un ejercicio verdaderamente liberador.

Sin entrar en tales discusiones, para el presente trabajo basta con subrayar que el progreso de la ciencia tiene que respetar y promover adecuadamente los distintos aspectos de la dimensión espiritual: facilitando un ejercicio de la capacidad crítica que esté abierto a la realidad de las cosas y que no se erige en forjador de verdades; y promoviendo el desarrollo de una voluntad capaz de determinarse en la dirección del bien auténtico. Para ello necesita del ejercicio de las virtudes que le permitan liberarse de todo aquello que no es expresión de lo más excelso entre lo humano. Pero aun así esto resulta insuficiente, porque no somos solo seres que razonan, deciden y son capaces de poner por obra acciones adecuadas para alcanzar unos fines elevados que son capaces de percibir.

En lo humano, la dimensión espiritual es inseparable de nuestra dimensión biológica. Es cierto que por nuestras acciones llegamos a elevarnos por encima de lo meramente biológico, pero sin dejar de ser biológicos. En este sentido, el auténtico progreso está al servicio de la promoción de la vida en todas sus expresiones naturales, viviendo una ecología integral que no ve ni al propio cuerpo, ni a los demás, ni al medioambiente, como algo que dominar, sino como algo que hace florecer. Lo eco-biológico-corporal no está a merced de las meras decisiones razonadas y libres, sino que tiene una lógica propia que debe ser integrada y promovida. Por eso, el auténtico progreso conlleva que el ser humano se deje interpelar por lo biológico, admirando la naturaleza, admirando cada vida humana y admirando también una propia corporeidad que está llamado a cuidar, sin que aparezcan desequilibrios con el resto de dimensiones humanas.

En este sentido el cuidado del cuerpo no sería progreso si se convierte en una idolatría y se dispusiese de él sometiéndolo al propio arbitrio, como si de un objeto se tratase. De igual modo, tampoco habría un auténtico cuidado de la naturaleza si nos olvidásemos de que el ser humano forma parte de la naturaleza, es naturaleza, y si se acabase adoptando una postura ecológica fundamentalista o, por el contrario, se promoviesen técnicas invasivas con la ecología o con la biología, también humana.

Esta doble dimensión espiritual y corporal, subjetiva y objetiva a la vez, requiere también de una apertura a los demás, reconociendo la interdependencia personal en una dimensión social que complementa intersubjetivamente a las dos dimensiones señaladas con anterioridad. Así, para hablar de auténtico progreso, esta dimensión humana también tiene que florecer, de modo que mejoren las relaciones entre individuos, lleve a un cuidado y una preocupación mayor

por los desfavorecidos y los descartados en una sociedad, o nos haga mejores profesionales para contribuir desde nuestro puesto o rol social al bien común.

Esta imagen del ser humano no se centra solo en la libertad o en la racionalidad, pero cuenta positivamente con ellas. Es una imagen que se abre a la técnica y la ciencia, porque al ser humanas son también naturales, pero lo hace en armonía con una visión positiva de la vida, de lo corporal y de lo ecológico. Técnicas cuyo objetivo no es dominar sino estar al servicio del auténtico progreso humano. En esta imagen, también, la sabiduría práctica del razonador independiente se pone al servicio de las personas y procura enfrentarse críticamente a la marea de mera información que se convierte en desinformación y que facilita el ejercicio del poder y la manipulación de las personas, en lugar de ponerse a su servicio. En tercer lugar, con esta imagen de tres dimensiones que se relacionan armónicamente, también se promueve la comprensión de las personas más vulnerables y la interdependencia de las relaciones reales frente a la dependencia de las relaciones virtuales.

Sin embargo, estas tres dimensiones todavía necesitan de un complemento, una cuarta dimensión, para darnos una imagen más adecuada del ser humano y desde ahí poder valorar lo que es y lo que no es auténtico progreso humano. Al igual que las teorías de la relatividad nos permitieron descubrir que las tres dimensiones espaciales estaban entrelazadas con una cuarta dimensión temporal y desde entonces no hablamos de espacio y tiempo como cosas separadas, sino como una única realidad, el espaciotiempo, de igual modo, a las dimensiones subjetiva (volitiva-racional) objetiva (biológico-corporal), e intersubjetiva (social-relacional) es necesario unirles una cuarta dimensión, la temporal, biográfica o narrativa, para tener una antropología cabal del ser humano.

En este sentido, el progreso se confronta también con el desarrollo temporal de los individuos y sociedades, de tal modo que lo que sea un avance hoy en día también pueda ser considerado de igual modo por las generaciones futuras, y no como un mero ejercicio caprichoso y arbitrario de quienes ejercían el poder en un momento concreto de la historia. Es cierto que se pueden cometer errores de estimación, pero también lo es que se pueden desarrollar mecanismos correctores, para que el progreso no sea una cosa momentánea que redunde en un beneficio cortoplacista, sino que sean auténticas inversiones que en el medio o largo plazo den lugar a una sociedad y a unos individuos mejores.

Esto implica que, en aras de un futuro mejor, se pueden entender aparentes limitaciones temporales del progreso. Es decir, medidas de prudencia y sensatez, como puede ser facilitar que toda persona pueda recibir una educación digna que le capacite no solo para trabajar el día de mañana sino para ser mejor persona, en lugar de enseñarle a ganarse la vida desde pequeños. Pero eso no se conseguirá mediante la imposición de políticas sino viendo lo que hacen los mejores individuos de la sociedad por sus seres más queridos y comprobando

cómo ese resultado redundará en el crecimiento de las personas: mejoran en su capacidad de razonamiento y de elección; viven en una relación de cuidado y protección de entornos y personas; promueven relaciones sanas y positivas con el resto de las personas; y mejoran con el tiempo, como el buen vino.

Por eso, todas estas dimensiones humanas (espiritual, biológica, social y biográfica) deben ser válidamente contrastadas, para que no sean un progreso aparente. Ese contraste se puede anticipar a priori, por lo que merece la pena ser prudentes, pero también se debe contrastar a posteriori, viendo hacia dónde nos han llevado ciertos avances y comprobando lo que nos hemos dejado en el camino.

5. UNA PROPUESTA PARA VALORAR EL AUTÉNTICO PROGRESO

Mi propuesta va a resultar un poco extraña y espero poder explicarla, pero me parece que solo se puede hablar de auténtico progreso cuando apenas hay *desechos*, cuando el desperdicio se minimiza, cuando la tasa de reciclaje es alta porque ni siquiera se ha tenido que ir al contenedor para reciclar. Desde un punto de vista ecológico esto parece que lo entendemos; pero en realidad quizá lo entendían mejor nuestros abuelos o bisabuelos –o quizá solo algunos de ellos– que no vivían para consumir, sino que consumían para vivir.

Esa mirada de reciclaje o aprovechamiento de lo que se tiene, no mira hacia el futuro y se echa en brazos del progreso como si eso fuese lo único que existiese. No mira a soluciones que meramente se implantan hacia adelante, sino que mira alrededor, viendo cómo repercute cada nuevo paso o decisión en uno mismo, en los demás. Sabiendo que avanzamos como en una cordada, donde uno tiene que estar pendiente del eslabón más débil, porque valora lo que tiene de bueno la vida actual y no está dispuesto a comprometerla con un paso en falso, sabiendo que el ritmo de lo biológico es más lento que el ritmo de la técnica y que esta nos puede llevar fácilmente a donde en realidad nunca hubiésemos querido ir.

El empleo masivo de la técnica en nuestra sociedad nos permite ver con cierta claridad las carencias a las que nos está abocando. En realidad, el auténtico progreso sabe prescindir de lo accidental, manteniendo lo sustancial de lo que el individuo crezca, pero sin que desaparezca la identidad. Se manifiesta en los anhelos que se intentan satisfacer con el avance de la técnica y que sin embargo esta no satisface. Se ve especialmente en los pasos que se dan en falso, en las insatisfacciones, en los *desechos* que se generan porque se ha querido avanzar demasiado rápido.

En nuestra sociedad, por ejemplo, algunas personas han presentado la eutanasia como un progreso social basándose en el principio de autonomía del paciente. Según este enfoque cada individuo puede decidir cuándo es el mejor momento para terminar con su propia vida, con una muerte relativamente

dulce y pacífica. El acento se ha puesto en la dimensión espiritual por la que cada individuo tendría derecho a disponer de la propia vida como desee. Desde el enfoque de los cuidados paliativos se ha insistido, entre otras cosas, en que de modo natural la vida tiende a conservarse y que son pocas las personas que quieren acabar con su vida; más bien lo que quieren es acabar con los sufrimientos que tienen, de modo que bastaría con que los pacientes se viesen tratados con cariño para que desapareciesen los deseos de acabar con su vida.

Cabría preguntarse todavía cómo se ve ese “progreso” desde las relaciones interpersonales, porque cuando se quiere a una persona, uno no desea que esa persona desaparezca de nuestra vista. Más bien lo contrario. O también, desde un punto de vista narrativo o biográfico, parándose a pensar cuál es el mejor modo de afrontar el final de una vida, tanto individual como socialmente. Y, por último, también nos podríamos cuestionar ¿qué “residuos” genera este tipo de comportamiento en nuestra sociedad? ¿En qué nos cambia la vida? ¿Qué “vertidos” se dejan para las generaciones futuras? Y, sobre todo, ¿cuál es el auténtico valor que preservar y que se puede estar perdiendo por promover este comportamiento?

Tomando otro ejemplo, en nuestra sociedad se ha presentado la existencia de las redes sociales como un modo de relacionarse y de mantener el contacto con más personas, de modo que nadie se sienta aislado y solo, sino que los vínculos humanos se puedan hacer más cercanos. Sin embargo, muchos usuarios han terminado por dejar de usar las redes sociales porque se han dado cuenta de que les hacen vivir de un modo más excéntrico y superficial, alejándoles de los vínculos más cercanos, a la vez que solo en apariencia les acercan a otras personas. No parece que las redes sociales sirvan para saciar el verdadero anhelo humano de tener relaciones auténticas, cara a cara, donde las personas se hagan verdaderamente visibles sin miedo a ser juzgados. Más bien son un sucedáneo para cuando no se puede tener algo mejor. Como cuando durante la pandemia los estudiantes estaban deseando volver a clases presenciales porque las pantallas dejaban de lado vínculos esenciales que solo se generan con la presencia física. Vimos perfectamente cómo las relaciones virtuales en el ámbito de la docencia dejan mucho que desear.

Algo parecido se podría decir de la cantidad de información de que disponemos hoy en día gracias a internet. Parece que la mucha información, más que facilitarnos el auténtico conocimiento y la sabiduría, está haciendo que desaparezca de nuestra sociedad esa mirada más reposada que se ha convertido en un anhelo desechado, porque no se tiene el tiempo necesario, ni la capacidad de esfuerzo necesaria, para desarrollarla. Luego parece que el progreso, o lo que se tilda como tal, hace que nuestra sociedad vaya desechando lo que en realidad son nuestros anhelos más profundos: el cuidado de unos por los otros, una sabiduría capaz de penetrar en el sentido más profundo de la vida, el cultivo de las relaciones personales de auténtico conocimiento... entre tantas otras cosas como se podrían decir.

6. EPÍLOGO Y CONCLUSIONES

El 15 de enero de 2009, el vuelo 1549 de US Airways despegó del aeropuerto de La Guardia en Nueva York para impactar a los dos minutos con una bandada de gansos canadienses. El impacto dañó ambos motores del avión y lo dejó sin propulsión. Evaluando todas las alternativas posibles, el comandante Chesley Sullenberger y su copiloto Jeffrey Skiles tomaron la decisión de amerizar en el río Hudson. Con gran destreza consiguieron que ninguno de los pasajeros y tripulantes sufriera heridas de gravedad.

Entre los pasajeros estaba Ric Elias, que contó su historia y cómo ese amerizaje le cambió la vida¹⁸. Ric era un hombre de negocios que, en unos pocos minutos, ante la posibilidad real de la muerte, decidió cambiar su vida; y lo hizo en tres direcciones. A partir de entonces decidió coleccionar solo vinos malos, porque los buenos se los iba a tomar con sus amigos en cuanto hubiese una oportunidad de celebrar; escogió querer a su mujer en lugar de tener razón y se propuso como objetivo vital ser el mejor padre posible para su hija. Tres decisiones que reflejan cómo, cuando uno busca los auténticos fines de la vida, la dimensión relacional adquiere un peso mucho mayor que la de plantearse objetivos y retos que hagan crecer como persona. Quizá porque el cultivo profundo de las relaciones es el fin para el que estamos hechos.

El paramédico Matthew O'Reilly, tras atender a muchas personas en los momentos finales de su vida tras un accidente, señala que las reacciones de estas responden a tres patrones¹⁹. En primer lugar, hay un arrepentimiento sobre cómo se ha vivido y un deseo de cambiar algunas cosas o de pedir perdón. En segundo lugar, hay un deseo de pervivencia, de no caer en el olvido, de seguir presente en los demás, como si lo vivido fuese insuficiente, no se pudiese quedar en el pasado y se reclamase algo más. Y, en tercer lugar, aparece también el deseo de que la vida que han vivido haya tenido un sentido, dejando una huella en el mundo y sobre todo en las personas. Con los ejemplos que pone, todos estos patrones, de nuevo, conectan con una vida más centrada en los demás, como sucede en las decisiones de Ric Elias.

Por esto, desde el final de nuestra vida, es como mejor se puede percibir si ha habido progreso conforme a los fines propios, o si todavía hay cosas que reciclar. Llegados a este punto nos tocaría hacer un balance y ver si hemos progresado en nuestro estudio sobre el progreso.

Comenzamos estudiando las raíces de la idea de progreso para darnos cuenta de que no es un concepto presente en la antigüedad clásica, sino que

¹⁸ Ric ELIAS, "3 cosas que aprendí mientras mi avión se estrellaba": https://www.ted.com/talks/ric_elias_3_things_i_learned_while_my_plane_crashed?language=es

¹⁹ Matthew O'REILLY, "'Am I dying?' The honest answer": https://www.ted.com/talks/matthew_o_reilly_am_i_dying_the_honest_answer

remite al cristianismo y se conecta tanto con el origen-creación como con el fin que apunta hacia una nueva vida, para lo que se requiere una ayuda divina. Sin embargo, esa conceptualización se seculariza con la modernidad, dando lugar a una idea de progreso intrahistórico que se centra sobre todo en lo que el ser humano puede hacer. Es un progreso hacia una sociedad mejor, apoyada en la ciencia y fruto de la razón y la voluntad humanas.

Esta visión es criticada pronto por la vía de los hechos. La ciencia no tiene un progreso exento de error; la sociedad industrial no parece que esté favoreciendo el desarrollo de los individuos, sino más bien sirviéndose de ellos para el beneficio económico y el poder de unas élites. Y desde un punto de vista más metafísico la esencia de la técnica no se puede separar de la dimensión antropológica del ser humano.

Hablar de progreso es ya un juicio de valor, porque no es un mero avance cronológico, sino que tiene una connotación ética, porque supone la adquisición de un bien mayor que se corresponde con una verdad. Se requiere por tanto no solo una reflexión sobre los medios, sino propiamente una deliberación sobre los fines a perseguir que estén en consonancia con lo verdaderamente humano. De ahí que para valorar las novedades científico-técnicas se requiera de una antropología que presente al ser humano en un marco de fines adecuados que perseguir.

Dicha antropología sirve de piedra de toque para evaluar qué es progreso y qué no, y tiene en cuenta cuatro dimensiones que configuran al ser humano: la espiritual, la corporal, la relacional y la narrativa. Frente a ellas se contrasta todo aquello que se quiera presentar como un progreso, para ver si en realidad permite un desarrollo más pleno y armónico de todas ellas.

En última instancia, para valorar el progreso humano necesitaríamos una perspectiva desde el final, que es cuando pueden salir a la luz los criterios para contrastar. Solo desde ahí, y sabiendo lo que es realmente esencial, se puede evaluar si ha habido un progreso adecuado en la vida de una persona y si lo que parece un progreso científico o técnico contribuye realmente al desarrollo de las personas en esa dirección: en especial, la del cultivo de las relaciones que nos configuran.

Rubén Herce
Facultad Eclesiástica de Filosofía
Universidad de Navarra
Campus Pamplona
Campus Universitario
31009 Pamplona (España)
rherce@unav.es